

A detailed illustration of a forest path. The path is a dirt road winding through a dense forest. On the left, several massive, ancient-looking trees with thick, gnarled trunks and sprawling roots stand prominently. A person wearing a dark jacket and a white hat, carrying a large yellow woven basket on their back, is walking away from the viewer along the path. The forest floor is covered in green moss and ferns. In the background, more trees of varying heights and shades of green are visible under a bright sky with some clouds. The overall style is that of a classic book cover illustration.

SENDAS

Antología de haibun

Gonzalo Marquina Arcos
(editor)

SENDAS

Antología de haibun

SENDAS

Antología de haibun

Gonzalo Marquina Arcos
(editor)

Sendas. Antología de haibun

Gonzalo Marquina Arcos, editor de la antología

Primera edición digital: junio del 2025

Disponible en: <https://retamahaiku.com/antologias/>

Editor:

© Gonzalo David Marquina Arcos

Jr. Pomalca 185, Urb. Arboleda de Maranga, San Miguel,

Lima 15087, Perú

Diseño y diagramación: Gonzalo David Marquina Arcos

Portada: Kawase Hasui, “Camino a Nikko” (*nikkō kaidō* 日光街道), 1930. Impresión sobre madera; tinta y color sobre papel.

Obra vertical (25,0 cm x 38,0 cm)

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N° 2025-06993

ISBN: 978-612-03-1091-5

Esta antología se trabajó en el taller de haiku “Haibun. Introducción al haiku como esencia del relato” durante los meses de mayo y junio del 2025. Este libro es de difusión gratuita. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio sin permiso expreso del editor.

Índice

Prólogo	7
Haibun	
Anthony Smith Alberto Canchumanta	13
Antonio Miguel Castellano Suárez	17
Aurea Leticia Reza Patiño	21
Betty Mercedes Flores Mariños	25
Catalina Adolfina Buadas Porcel	29
Catia Castilho Simon	33
Cristina Rojas Quiroga	37
Daiana Menzella	41
Daniel Leonidas Mosquera Amancio	45
Emmanuel Villalobos Cortez	49

Erick Alfredo Fuentes del Río	53
Estela N. De La Haye – Sala	56
Graciela Norma Prigioni De Bernardi	59
Jackelin Rocio Castillo Cusi	63
José Luis Solís López	67
Luis Antonio Solís Rodas	71
Maria Alice Bragança	75
María de Lourdes Palacio Milán	79
María del Carmen Hernández Ibarra	83
María Esther González Ramírez	87
Rafael Eduardo Figueredo Oropeza	90
Roxana Dávila Peña	94
Rubén García García	98
Sandra Jeannine Galarza Chacón	102
Yohanna Jorquera Reyes	106
Yoshio Castro Suarez	110

Prólogo

La presente antología, titulada «Sendas» en honor al famoso diario de viaje del poeta japonés Matsuo Bashō (1644-1694), cuya primera traducción en nuestro medio hispanohablante fue bautizada como «Sendas de Oku» (*oku no hosomichi*), es el producto final de cinco memorables e intensas sesiones durante las cuales se desarrolló el taller virtual «Haibun. Introducción al haiku como esencia del relato», entre mayo y junio del presente año. Se trata de una obra que, una vez más, pone en relieve la belleza y la versatilidad del «Haiku-shū», estilo cada vez más frecuente entre los cultores del haiku en Latinoamérica, esta vez enfocado en un modo de expresión particular: el Haibun, formato de origen japonés que combina haiku con relato breve.

En estas páginas, encontraremos diversas composiciones —en castellano y portugués— elaboradas cuidadosamente a partir de diferentes ejercicios de escritura y corrección colectiva, donde los márgenes entre la narración y el poema han sido intencionalmente difuminados para configurar un todo. Todos los haibun de este libro tienen como rasgo en común la espontaneidad y la sencillez no solo léxica, sino también conceptual, así como el tratamiento estético del «pasma» o «asombro» (*aware*), la «brevedad» o «concisión» (*kanketsu*) y la «omisión» o «sugerencia» (*shōryaku*). Se trata, pues, de un arduo trabajo de búsqueda de la armonía, donde cada autor(a) ha explorado aspectos íntimos como la memoria, la imaginación y el deseo para, finalmente, transformar sus hallazgos en versos y oraciones emotivas que recrean situaciones cotidianas suspendidas en el tiempo.

Este libro pretende mostrar una alternativa

frente al Haibun de estilo objetivo o descriptivo que actualmente se produce en nuestro medio, por eso, las creaciones que aquí se presentan son, en su mayoría, confesionales o anecdóticas. Creemos firmemente que el tratamiento de la «subjetividad» (*shukansei*) debe ser difundido y, sobre todo, apreciado por tratarse de un elemento clave en todo texto literario.

Conservo la esperanza de que esta publicación nos permita vislumbrar nuevos horizontes creativos en favor de quienes se dedicarán al cultivo del Haibun, el Haiku y demás formas breves, en general, durante los años venideros. Un viaje que comienza a continuación.

Gonzalo Marquina
Lima, junio de 2025

SENDAS

Haibun

俳
文



Anthony Smith Alberto Canchumanta
(Lima, Perú - 1993)

Salimos cuando el sol pesaba sobre los hombros. En casa, mi madre empezaba a cocinar. El sendero al río yacía cubierto de hierba alta, como si los pasos hubieran dejado de buscarlo. Nos internamos entre los árboles; el rumor del agua nos orientaba más que la memoria cansada de aquel hombre que iba al frente guiándonos. Al llegar, el caudal cristalino nos recibió con estruendo. Armamos las cañas y el abuelo lanzó su pequeña atarraya. Los insectos y aves, testigos de nuestra espera, iban y venían. Finalmente, derrotados, volvimos sin decir mucho.

Tarde de verano.
En el cesto vacío,
el olor del río.

Hace mucho conocí el lugar del que mi padre tanto hablaba. Es un lugar rodeado de montañas verdes y donde el canto del río llega suave a los oídos, se mezcla con la brisa y, a ratos, hace contrapunto con los papagayos en el cielo. Hoy que he regresado a este sitio me doy cuenta que todo sigue igual, todo parece haber renacido cada día. Aquí, cada elemento piensa en el otro. Es tan agradable escuchar la poesía que este lugar recita y recordar que yo también formo parte de estas raíces y del idioma profundo del mundo.

Bajo el árbol de níspero
mi padre habla
sobre su padre.

No sé en qué momento empezó a envejecer. Hoy, mientras hablábamos, me detuve a verla con atención. Allí seguían esas líneas de sus ojos, en el borde de sus labios y en sus manos firmes. Pero esta vez, algo fue distinto. Me dolió no haberlas visto tan superficiales como antes. La historia que no quise leer agrandó sus letras. ¿Estuve tanto tiempo perdido en mi mundo que no advertí los cambios del universo externo? Ahora, cada gesto suyo es un regalo mucho más que maravilloso. El tiempo deja marcas en todos, pero las de ella me importan de una manera nueva.

En la piel de mamá
se abren lentamente
flores de otoño.



Antonio Miguel Castellano Suárez
(Las Palmas de Gran Canaria, España - 1956)

La brisa olía a glicinas tardías cuando él llegó. Todo se detuvo por un instante. Un llanto fino y tibio rompió el silencio de junio. Mis manos temblaban al sostenerlo. Lo había imaginado muchas veces, pero ahora era real.

Flor de melocotón—
En el umbral del sol
sostengo a mi hijo.

Como cada mañana, me dirijo a El Confital, mientras el sol de junio despunta y tiñe de oro La Isleta. La arena negra, fina como ceniza, guarda el rastro de las olas que avanzan y retroceden. Pienso en Bashō, en su senda estrecha. Pienso también en mi propia senda, aunque sea breve: una pestaña de tierra entre el Atlántico y el volcán dormido, donde el salitre se mezcla con el silencio.

Brisa marina.
La espuma musita
entre las rocas.

Cierro los ojos. Las risas de quienes partieron cruzan mi pecho como sombras. Sus nombres se enfrían en el té. Nunca pude pedirles que se quedaran. Ahora son pétalos dormidos en el lecho seco del río.

Recuerdo sus rostros...
Caen más hojas secas
sobre el lago.

Por mi nombre me llaman.
Volando hacia allá,
libélulas.



Aurea Leticia Reza Patiño
(Ciudad de México, México - 1962)

Desde el balcón del cuarto del hotel observo sorprendida las magníficas construcciones y las palomas de la Plaza. El sol empieza a cubrir los espacios de la avenida, aunque se siente un gélido vientecillo. Me habían dicho que el invierno en este lado del mundo es insufrible. Quizá sí lo sea, pero yo vivo en la montaña. Allá el frío penetra hasta los huesos. Sigo observando: personas cubiertas con bufandas, gorros, chamarras... Todas caminando a toda prisa.

Amanece.

El arrullo de las palomas
me regocija.

En la quietud del cementerio atravieso el sendero. Sobre la hojarasca mis pasos son lentos; asimismo, recuerdo entrañables instantes que nunca más habrán de volver: rostros, palabras, fechas... Quizá pude haber sido mejor persona... A lo lejos distingo una cruz. Al llegar, con tristeza observo la tumba descuidada como si a nadie le importara, como si se hubiese llenado de olvido... Apenas si consigo reconocerla.

Brotos de hierba.
En los floreros, sólo
agua estancada.

En mis manos,
unas cuantas rosas amarillas.
Día de las madres.

En el silencio de la soledad, mi mente vuela al pasado. Densas gotas de lluvia chocan contra los cristales, los relámpagos iluminan la noche. En momentos así, me hundo entre las cobijas de la cama sintiendo escalofríos y no puedo evitar recordar algunas cosas al cerrar los ojos: la silueta de un niño ignorado, champurrados, tamales, pastel de cumpleaños... traiciones. Me quedo en silencio.

En el librero,
la foto de mi nieto.
Llega el verano.



Betty Mercedes Flores Mariños
(Lima, Perú - 1983)

Mientras contemplaba con timidez la marca verde en mi pecho fui quitándome la pesada polera de algodón. Vacilaba con cada movimiento. Era como una disputa: una mente que se negaba a recordar y un cuerpo cansado de callar. Como si mis manos fuesen a traducir un mensaje, recorrían delicadamente cada marca tatuada duramente en mi piel. A los pocos segundos, como un destello, algo cruzó por mi memoria.

Amanecer.

El aroma de las rosas
inunda mi habitación.

Esa tarde, volver a casa se hizo eterno. Era como si al andar se alargara el camino. Busqué en la música compañía o, quizá, comprensión; pero ese día ninguna canción tocó mi alma. Mientras caminaba descubrí que ciertos rostros despertaban mi atención. Era como si al mirarlos me estuviese viendo en un espejo. Como si mi corazón estuviese revelándose ante ellos...

Sin pensar en el futuro
camino lentamente a casa.
Primer día sin empleo.

Contemplando el sendero, la brisa de la mañana acaricia mis mejillas. Quizá el viento pueda llevarse esta lágrima que tambalea en mis pestañas. Ojalá entendiese por qué el tiempo se detuvo aquel día. Con temor me pregunto si el dolor habrá pasado cuando él regrese. A mitad del camino, acompañada por el canto de las aves, levanto la mirada:

El viejo sauce
crece hasta tocar el cielo.
Tarde de otoño.



Catalina Adolfin Buadas Porcel
(San Miguel de Tucumán, Argentina - 1951)

Hace algunos años contemplé de nuevo al gran arce rojo del parque, bajo cuyas ramas aprendí a leer mis primeros libros hace mucho tiempo durante mi infancia. En ese momento, una suave brisa nos envolvió y una hoja muerta cayó sobre mí. No sé por qué, pero no pude contenerme y unas cuantas lágrimas humedecieron mis mejillas.

Manos envejecidas.
Guardo en mi libreta
la hoja roja caída.

A comienzos del otoño fui por el camino solitario que llevaba al pueblo. A lo lejos el cielo se cubría de nubes. Las hojas caídas tapizaban el suelo de rojo y naranja. El chirrido de los grillos rompía el silencio. Al llegar a casa, la encontré deshabitada, como siempre. En medio de esta quietud, añoré una vez más el tiempo de las flores y los pájaros.

La golondrina,
de un castaño al otro,
buscando el nido.

Juntos paseamos embelesados, mientras los rayos de sol se dispersaban por el firmamento. Nuestras manos se entrelazaron con la promesa de un para siempre. Una suave brisa arrastraba las hojas rojas caídas y nuestros pensamientos. Ya sentados en el bar, nuestras miradas se fundieron en el color del ocaso.

Abrazo de otoño.
También los árboles
llegan a su fin.



Catia Castilho Simon
(Porto Alegre, Brasil - 1965)

Antes do carnaval deste ano fui ao Pelourinho, queria muito rever esse local especial e místico. Caminhei naquelas ruas e ladeiras, buscando a adolescente que costumava ser. As casas coloridas eram as mesmas. A alegria daquela época do ano também estava presente. Caminhei como antigamente quando mamãe me levava pelas mãos, ela que amava a Bahia, sua terra natal, mas que agora virara estrela, uma saudade dentro de mim.

Sons de atabaque—
Relembrando, sorrio
No meio da rua

A primavera havia chegado e, para dar-lhe as boas-vindas, todas as meninas da minha turma haviam trançado o cabelo com fitas coloridas. Durante o recreio, uma professora se aproximou de mim perguntando-me sobre um suposto comentário que eu havia feito sobre sua filha, minha colega de aula. Ela gritou enfurecida: «Minha filha tinha uma mãe para defendê-la». Fiquei paralisada. Eu tinha dez anos e morava com meu pai e meu irmão. Não lhes contei nada.

Olhos marejados—
Não posso ver as flores
do entorno

O nascimento da minha segunda netinha, me enche de alegria. Também tenho dois netinhos, mas não me preocupam tanto como elas. Os meninos nascem com o mundo inteiro ao seu lado, enquanto que as meninas terão de lutar e se proteger. As notícias sobre o aumento da misoginia e feminicídio, no meu país, são cada vez mais aterrorizantes. Porém, não quero que esses pensamentos arruinem a celebração desta chegada. Estarei sempre atenta e pronta para ajudá-las, ainda que às vezes esses pensamentos me tirem o sono.

Penetra a luz da lua
por todas as frestas e janelas—
Tenho medo



Cristina Rojas Quiroga
(Lima, Perú - 1994)

Habiendo caminado por horas, fui a dar a la playa. Al atravesar la densa neblina, la inmensidad de la noche sin luna caló hasta mis huesos. Decidí quitarme los zapatos para descansar un poco. De pronto, un sonido surgió por encima del rumor de las olas. Bajo un firmamento sin estrellas, deseé que esa noche no fuera tan larga y solitaria.

A mi lado,
un cangrejo... apenas
un cangrejo...

Despierto temprano. La sensación de frustración permanece intacta. La impaciencia se transformaría en rabia desbordada, de no ser porque invierto buena parte de mis energías para evitarlo. A este punto, mis lágrimas ya no son una vía de escape y todo a mi alrededor sigue su curso natural. Soy yo quien está al margen. Sin embargo, hoy en medio del tráfico de la ciudad, algo sucedió. Una mujer en moto fue capaz de desafiar la crudeza del asfalto con su dulce presencia y algo en mí se movió en otro sentido.

Pese a todo
mi corazón,
todavía tierno.

Antes de que el sol se asome, el bus emprendió la marcha. Entonces vi cómo mi antigua vida se iba reduciendo a un punto lejano e irreconocible. A tantas millas de distancia, ¿qué representaban la Plaza Mayor, mi casa, mi marido...? Una decisión como esta no era para pensarla, se llevaba a cabo de frente. Mi niña duerme sobre mis piernas. Llevarla conmigo tampoco estaba en mis planes. Sin embargo, en un momento de extraña efervescencia, me sentí capaz de cuidarla. Me di esa oportunidad.

Aunque sin rumbo,
la luz del nuevo día
sobre mis ojos.



Daiana Menzella
(Paraná, Argentina - 1991)

En el descanso, llamó mi atención un árbol raro. Tenía las hojas verdes de un lado y blancas del otro. Por alguna razón, el lado blanco me recordó a las hojas de un libro. Entonces, me puse a escribir: «lento, pausado, en el campo, mirando los árboles, las formas de las hojas, los distintos verdes, buscando nidos entre las ramas, afinando la vista, viendo el cielo casi blanco a través de los árboles...». Pero, no he podido conseguir un poema.

Sin más, contemplo
el color de una hoja.
Tarde primaveral.

Recuerdo con cariño el árbol de Navidad que la abuela armaba cada 08 de diciembre. Siempre lo decoraba con bolas y guirnaldas brillantes; ponía una botita de Papá Noel para que cada niño colocara sus deseos; y en su base colocaba muchos regalos que emocionaba a cualquiera que los viera. La imagen era sorprendente. Ahora, estos días de fiesta son difusos: copas de vino, muchos adultos, pocas sonrisas, ningún regalo, mucho compromiso...

Nochebuena.
A través de mi copa,
arrugas acentuadas.

Como cada cierto tiempo, el insomnio se hizo presente. Me acerqué a la ventana para ver hacia afuera. El cielo era todavía azul profundo. Las luces de la calle brillaban desenfocadas. Parecía que las horas pasaban cada vez más lento. De pronto, el cielo comenzó a teñirse de violeta; luego, poco a poco, de rosado. Con el anuncio del sol, se volvió anaranjado y, finalmente, cuando los rayos asomaron, se pintó de amarillo. Entonces, llegada la mañana, me pareció que todo había perdido la gracia.

Estrella fugaz.

La madrugada contenida
en un respiro.



Daniel Leonidas Mosquera Amancio
(Lima, Perú - 1980)

Otra noche más, la oscuridad se extiende. Su ausencia crece cada día como una punzada silente. Otra vez, una marea contenida. La paz no me encuentra... las luces se apagan cuando abro mis ojos.

Eclipse lunar.
Se evapora una lágrima
entre mis dedos.

El bus partió dejando atrás el esmog. Mi reflejo en la ventana se difuminaba con la ciudad, mientras oía el eco de mis latidos cada vez más lentos a medida que la ciudad se agazapaba hasta volverse un punto lejano. Fierro y pavimento, como pinceladas imprecisas, se diluían en la distancia. Me puse mis audífonos y observé el asiento vacío de al lado. Me quedé dormido. Al descender, el aire limpio golpeó mi rostro. Un aroma a tierra mojada y huarango alivianaron mis pulmones por primera vez en muchísimos años. Contemplé el cielo vasto y sin neblina. La mochila que antes era un peso la sentía ahora como un arrullo.

Tañidos de campanas.
Finalizado el viaje,
olvido los miedos.

Cuando mi madre entró a la habitación me encontró absorto contemplando la lluvia. No me interrumpió. Solo dejó una bandeja sobre el escritorio y se retiró sin decir palabra alguna. Al voltear, vi que el azafate contenía chocolate caliente y galletas.

Último sorbo.

Una gota en la ventana
me hace sonreír.



Emmanuel Villalobos Cortez
(Colima, México - 1992)

Silenciosamente, me adentré en la montaña siguiendo un apacible rumor de agua tamizado por los arbustos. Cansado, me senté al borde de un arroyo, bajo un pino mecido por el viento. Respirando con pesadez, pensaba en las penurias del trayecto y lo que aún me quedaba por andar. Entonces, me quedé profundamente dormido.

Bosque de pinos.
Tras el paso de la niebla,
un nuevo frescor.

Ya hace muchos años que llegué a esta ciudad. El invierno recorre las calles vacías. Respiro hondo, desconsolado, como queriendo llenarme del brillo de los astros. Al exhalar, mis recuerdos adquieren tintes fantasmales por el vaho, mientras pienso en quién soy, en lo poco que he logrado... De pronto, una gotita de lluvia me sorprende y la siento tiernamente cálida. Cierro los ojos y me dejo reconfortar por el sonido de los árboles mecidos por el viento.

Profunda noche.
En dirección a mi pueblo
pasa una estrella fugaz.

Pisando las blancas semillas de los árboles de primavera en medio del camino, pienso en lo triste que resulta que algunas de ellas no logren florecer por no haber caído en tierra fértil. Algunas personas son iguales a estas semillas llevadas por el viento: siguen luchando por crecer, aunque quizá nunca lo logren.

Perdido,
sigo caminando...
Luna brumosa.



Erick Alfredo Fuentes del Río
(Ciudad de México, México - 1989)

Todos hemos tenido un crush alguna vez. El mío apareció en el gimnasio. Siempre he sido torpe para hablar con los demás, pero ese día me sentía confiado, quizá por el hecho de ser una persona nueva en una ciudad nueva. Así que decidí acercarme, aguantando la vergüenza.

San Valentín—
«Mateo», le he dicho
en vez de Matías.

Constantemente siento que no encajo en ningún lugar, ni siquiera en la comunidad LGBT+. Aun así, acudo cada año a la marcha por nuestro día. Sé que mucha gente murió para que los homosexuales no tengamos miedo de caminar por la calle y también, tristemente, que muchos todavía padecen de violencias por demostrar quienes son. Es en momentos así que, de alguna forma, algo en mí siente el impulso de querer estar dentro de un todo, de formar parte de esa especie de manto protector del corazón.

Aún con la lluvia,
marchan las banderas de arcoíris—
Día del Orgullo.



Estela N. De La Haye - Sala
(Rosario, Argentina - 1947)

Viendo cómo iniciaba la guerra en Medio Oriente recordé mi visita a Jerusalén. Pensé en lo asombroso que había sido para mí encontrarme aquella vez una diminuta hojita en medio del paseo y en lo tristemente irónico que resultaba aquella bella imagen de vida rodeada hoy de tanta muerte.

Muro de los Lamentos.
Entre sus piedras, se ve,
una hojita solitaria.

Durante mi estancia en Paris visité una antigua perfumería. Desde que llegué me impactó el lujo del lugar, pero más me sorprendió la belleza de las distintas presentaciones de aromas y esencias que había, las cuales, luego supe, tenían como motivo a la naturaleza. Me pareció una perfección total del detalle. Sin pensar mucho, compré una de ellas.

Hondo respiro.

Recuerdo momentos
que me hacen sonreír.



Graciela Norma Prigioni De Bernardi
(Buenos Aires, Argentina - 1953)

Salí de casa a las siete de la mañana; aún estaba oscuro. La luna y el lucero todavía se apreciaban entre las ramas del tilo, la escarcha cubría el pasto y en el arroyo, agrisado por el juego entre luces y sombras, nadaban algunos patitos. De pronto percibí un cambio en el entorno: el sol asomaba detrás de la arboleda. Yo me había entretenido tomando fotos de alrededor; eso me impidió disfrutar de aquel momento mágico en el que la oscuridad se va transformando en luz.

Desde alguna rama
los primeros gorjeos.
Mañana de otoño.

Al fin llegamos a la cima del cerro. Elegimos una piedra lisa para tender la lona y recostarnos. Solo se escuchaba el murmullo del arroyo y del viento entre los árboles. El silencio convocaba la imagen: mi hermana y yo en esa misma postura, bajo la mirada atenta de mamá y la de la cámara fotográfica de papá. Mis padres hace mucho que partieron. La foto color sepia está guardada en un cajón.

Bajo el mismo cielo
sus miradas inocentes.
Día ya lejano.

A mis cuatro años de edad, nunca antes me había fijado en el movimiento de las nubes. Aquella vez, trepada en el Ford de papá, había presenciado maravillada este acontecimiento reflejado en el parabrisas del auto. La mañana recién comenzaba. Al día siguiente, mamá y yo volvimos a Buenos Aires; pero mi padre nunca regresó.

Pasan las nubes.
Vuelve a mi memoria
el rostro de papá.



Jackelin Rocio Castillo Cusi
(Tacna, Perú - 1995)

Miro al gato. En su quietud hay una forma de oración, una negación dulce del ruido. Al llegar la tarde, se acurruca lentamente en el alfeizar. Hoy no ha hecho nada más que mirar el vuelo de las moscas. Yo en cambio, respondí dieciséis correos, llené casillas, taché tareas, acumulé respuestas... El gato habita el mundo. Yo aún lo dudo. ¿Y si hacer tanto fuera una manera de no estar?

Aún adormitado,
suavemente,
se acicala el gatito.

Caminé por el sendero de tierra fértil, donde los molles se inclinan como sabios ancianos y el aroma del eucalipto se mezcla con el humo de leña. Con cada paso crujía algo más que las hojas secas. Hacía mucho tiempo que no visitaba a mi abuelo en su casa. Al estar frente al batán para moler el maíz, ambos tuvimos un recuerdo compartido.

Junto al fogón,
el rostro sonriente
de la abuela.

Desde el malecón, la mar se extendía como una página sin fin. Las gaviotas sobre ella dibujando círculos incompletos. Nosotros, ansiosos, esperábamos contemplar el preciso instante de su despedida. Era todo un ritual. La puesta de sol no era un espectáculo, sino una plegaria. El cielo parecía quemarse sutilmente. Todo ardía en silencio. Nuevamente, hoy me detuve frente a ese lento incendio, sintiendo que no miraba un paisaje, sino un recuerdo que no era solo mío. Pensé en los que partieron sin regreso, en los sueños que aun guarda la mar.

Al decir adiós
desaparecen nuestras sombras.
Ocaso de otoño.



José Luis Solís López
(Tabasco, México - 1946)

Mi madre nos cuenta cómo de niños esperábamos la floración anual del macuilis y cómo apostábamos a ver quién atrapaba más pétalos en el aire; pétalos con los que preparábamos un dulce primaveral. Hoy, con mamá en silla de ruedas, repetimos el rito familiar retozando bajo los haces de luz a la sombra de los árboles tupidos, mirando las lentas nubes blancas que presagian mejores tiempos. Tal vez, en un futuro no muy distante, ya no podremos hacer nada de esto.

Viento del sur.
La levedad de mi madre
al cargarla.

Mientras meditaba con los ojos cerrados, sentí que un insecto se posaba en una de mis rodillas. No podía ignorarlo. Una palabra fugaz cruzó por mi mente: «gracias». En ese momento pude verlo bien: era una libélula. Entonces, levantó el vuelo y se unió a la bandada de los suyos entre la espesa niebla.

Alta montaña.

Aquí también los seres
buscan compañía.

Nos reunimos un año más con la familia para celebrar con asado en mole. La charla se extendió hasta el ocaso, entre risas, deseos de buena salud y anécdotas de nuestra niñez. La despedida me dejó desconsolado. Toda la casa ha vuelto al silencio ahora. Solo queda en el jardín, la luz del crepúsculo.

Día del padre.
cuatro rosas en su tumba
y aún le hablo.



Luis Antonio Solís Rodas
(Ciudad de México, México - 1976)

Como dormida
entre tanto ajetreo,
una mariposa.

Aunque había otros pasajeros en el tren, ella y yo pudimos sentarnos juntos para volver a casa. Mientras viajábamos, yo hacía un balance de los acontecimientos que nos habían hecho coincidir: incierta lejanía, acercamiento, divagación y fuga. Nada importaba más que nuestras manos entrelazadas y su mejilla posada en mi hombro.

Lloviznaba. ¡Cómo me hubiese gustado quedarme junto a él! Seguir jugando, preparar el desayuno... ¿Tendría que haber hecho caso a las señales ese día? La llanta de la bici amaneció ponchada, el calentador no funcionaba, teníamos hambre... Aun así, reparé la llanta, soporté el agua que calaba hasta los huesos... y con un beso en la frente me despedí de mi hijo.

Tendido
al asfalto y maltrecho,
lluviecita mañanera...

Mientras volvía a casa luego del trabajo, el sol se ocultaba entre las ramas de los árboles. Una palabra vino a mi mente en ese instante: «yūgen». No sabemos casi nada de la vida, pero nos es dado contemplar su misterio.

El sol de primavera
se refleja en los arrozales.
Fin de la jornada.



Maria Alice Bragança
(Porto Alegre, Brasil - 1958)

Gosto de ver o pôr do sol no Guaíba pela minha janela. Quando termina o inverno, passear próximo às águas do rio é um convite irresistível. Há árvores floridas próximas da margem. É sempre uma boa ideia lembrar de levar um xale ou casaco devido ao vento.

Frio de primavera—
Tremem as águas do Guaíba
e eu também

O jasmim do cabo sempre me recorda as conversas de minha infância no jardim da casa centenária de meus bisavós na pequena cidade de São Gabriel. É uma linda flor branca, seu perfume é cativante, mais intenso à noite. Naquele tempo, sentávamos na rua para ver as estrelas e escutar histórias do passado da família.

Noite de verão—
Os jasmims do cabo
perfumam minhas recordações

A pousada que escolhemos para nossas férias estava rodeada de antigas e altíssimas árvores. Durante muitos anos desejava passar as férias neste lugar: Praia do Campeche, em Florianópolis, Santa Catarina, uma praia oceânica de ondas fortes e água cristalina. Um deleite para a vista. Contemplar o ir e vir das ondas, enquanto faço longos passeios pela praia escutando o mar à noite é um doce sonho.

Vento no Campeche—
Bambuzal e mar
uma mesma canção



María de Lourdes Palacio Milán
(San Luis Potosí, México - 1981)

Sentada en un escalón, con la mirada atenta en los bambúes de la casa del vecino, a solas, platico con el alma de mi padre. De pronto, llega volando un colibrí. Nuestras miradas fijas por unos segundos. Algo atraviesa mi corazón.

Elevo una oración.

Un colibrí

llega inesperado.

Tuve a Yaab, el perrito anciano de la casa, en mis brazos por horas. Traté de cuidarlo, haciendo mi mejor esfuerzo, pero cada vez empeoraba. Por suerte encontramos un médico que pudo atenderlo a esas horas de la madrugada. En mi mente una oración recurrente llegó. Vi entonces la noche sin estrellas alumbrada por la lámpara de la calle. Cada vez que Yaab se quejaba de nuevo, mi corazón parecía que dejaba de latir.

Todo estará bien—
Sobre mis hombros,
fresca llovizna.

La pureza de la margarita me deslumbra.
Resalta como si fuera la reina del jardín.
Muestra su grandeza iluminada por el sol. “El
adorno ideal para tu cabello”, me dijo alguna
vez alguien acariciándome el rostro. Y luego,
nos besamos.

Sonríe el joven
tras arrancar el último
pétalo de la margarita.

Afirmación de amor.
Entre los dedos,
olor a hierba fresca.



María del Carmen Hernández Ibarra
(Ciudad de México, México - 1963)

Ascendí al santuario de Inari a través de las mil puertas, guiada por el murmullo de las hojas de bambú. Dos zorros de piedra cuidaban la entrada. El tufo de las velas aún se desprendía de las rocas con musgo. Parecía que el tiempo se había detenido esa mañana de otoño.

Fuerte, más fuerte,
la lluvia sobre el musgo
en las estatuas.

Mi padre tuvo entonces un infarto cerebral. Aquella mañana de julio me confesó que sentía que sus días estaban llegando a su fin. Al poco tiempo, ya sin articular palabra, yacía en una cama de hospital. ¿Adónde había ido esa voz que tanto resonó en mi infancia? Sus ojos eran lo único que podía mover. En ese momento, sin poder contenerme, tomé su mano. Y exhaló.

 Alzando el vuelo
 quiebra la rama del roble
 un joven gorrión.

Mi abuelo sufría de reumas, por eso, salía al jardín cada cierto tiempo para atrapar a una de las abejas que estaban sobre los rododendros. La acariciaba y la ponía dentro de un frasco que agitaba para enfurecerla. Yo veía todo eso con asombro. Luego, ponía a la abeja sobre su espalda, donde el dolor era más intenso. Entonces, lo picaba. Pero él era muy valiente. Siempre fue muy valiente.

Sonriendo,
el abuelo me dice
que la abejita lo ha salvado.



María Esther González Ramírez
(Ciudad de México, México - 1967)

Salí al jardín como siempre y mis pensamientos se mezclaron despacio con el aroma verde de las flores. Más allá de la cerca enrejada está el camposanto donde yace mi hermano. Me acerqué hasta su lápida, donde a menudo percibo la quietud de su eterno descanso. Me conmueve un poco pensar que su cuerpo toca las raíces de los rosales que crecen en el lugar y que, de alguna manera, los pétalos que caen lo acobijan.

En las nuevas hojas
se ha posado un gorrión.
Lluvia matinal.

Escuchaba algo de música cuando, de repente, un acorde me recordó a mi niñez. Específicamente, recordé que hace muchos años tuve un palo de lluvia. Me lo había regalado uno de mis hermanos al volver de viaje de Nayarit. Era grande y tenía sobre su superficie muchas figuras geométricas labradas con tinta oscura. Yo jugaba a moverlo y escuchaba su sonido melodioso con atención. Sin embargo, durante un día de mudanza lo perdí.

Una rosa seca,
entre hojas amarillentas.
Coplas infantiles.



Rafael Figueredo Oropeza
(Caracas, Venezuela - 1987)

Uno de los recuerdos más vívidos de mi infancia son los viajes en carretera al llano. Recuerdo en especial cuando pasábamos por los esteros de Camaguán. A los lados del camino se alzaban las palmas de moriche. El crepúsculo, las garzas blancas, los reflejos del agua en esos inmensos charcos: todo parecía quieto.

Palma inmóvil.
Bajo el ocaso llanero
huyen las garzas.

He llegado a Bogotá y todo parece nuevo. En mis trotes matutinos veo flores y aves cuyo nombre no conozco. Me pregunto: ¿cuáles estarán de paso y cuáles habrán vivido siempre aquí? También yo soy forastero en estas tierras.

Un copetón se posa
en la rama del chicalá
bajo la lluvia andina.

Leí la historia de Sadako Sasaki hace años y no la he olvidado: cómo doblaba el papel haciendo grullas, mientras se le caía el cabello producto de la radiación; cómo su sonrisa iba haciéndose más débil; sus deseos de salvación. Conmovido por esta historia, escribí este poema:

Hago otra grulla de papel.
Bajo cerezos sin flor caen
sombras de otoño.



Roxana Dávila Peña
(Ciudad de México, México - 1968)

La espuma de las olas se deshace rápidamente al tocar la orilla y me siento más sola. Contemplo la estela que deja el paso de las barcas, mientras el sol hunde cada vez más su resplandor en el agua. Un grupo de viajeros que pasa junto a mí habla sobre volver a casa. A su paso, rechina la cadena del viejo puente. Entonces, escribo:

Olor a sal.

A veces va, a veces vuelve
la gaviota.

¡Qué fría la casa desde que solo yo la habito!
Los sonidos del invierno están en cada habitación. Salgo a barrer las flores de bugambilia amontonadas en el jardín y veo como giran con el rumor de las frondas. Parece que me siguen como los niños que una vez estuvieron sobre este piso de madera. Recuerdo la dulzura de un canto y unos pasos apresurados. Se alegra mi corazón. ¡Qué lenta el alba mientras aflojo el nudo que yo misma até!

Colibrí en vuelo.
Más allá de las montañas...
más montañas.

La bruma envuelve las barcas de los pescadores en mar abierto. El olor a sal se mezcla con el de las cuerdas amarradas al muelle. Me siento libre con el agua en mis pies. Una garza vuela hacia el este y la luz de la luna llena brilla sobre los guijarros que pegan unos con otros. Miro mis arrugas y me alegro de vivir serenamente.

Casi amanece.

No era más que un cangrejo
aquel crujido.



Rubén García García
(Veracruz, México - 1946)

El cielo era de terror, los truenos se oían como un animal herido, la tarde agonizaba y la lluvia intensa arrastraba inmundicias. Un relámpago iluminó al almendro de la avenida; sus ramas desnudas dolían como un corazón latiendo fuera del pecho. Sobre una banca vacía, un niño tiritaba.

Tormenta de otoño.
Una manita me jala
la gabardina.

De camino a la escuela se soltó un aguacero. La multitud corría como hormigas asustadas. Yo permanecía imperturbable bajo el agua, caminando, soñando despierto como siempre. Sentía que la lluvia me liberaba de mis inmundicias, del hastío. Al volver a casa trataba de escribir sobre ello, pero todo intento terminaba convertido en avioncitos de papel. El reloj repetía su sonido incansable en la oscuridad de la madrugada. El sueño revoloteaba como un ave golpeando la pared. Entonces, súbitamente, escribí este poema:

Silencio hondo.
Una lombriz asoma
bajo la lluvia.

Cansado de caminar por el desierto, me recosté bajo la sombra del pirul: sus cerezas como hormiguero enrojecido. Dormitaba, cuando escuché entre las ramas unos graznidos. Era una locura de estridencias. Para colmo de todo, llegó una parvada de cotorros. Simplemente, sonreí y escribí este poema:

Quietud de verano.
El pirul me alborota
con su chifladera.



Sandra Jeannine Galarza Chacón
(Quito, Ecuador - 1977)

Otra noche sin estrellas. El ruido de un motor diésel me recuerda, por alguna extraña razón, a los ochos años de relación que se perdieron. Él se fue, mientras yo me quedé aquí, parada en la puerta. ¿Cómo se vuelve a vivir cuando se derrumban los cimientos en un solo viaje?

Amontonadas,
fotos que puedo romper.
Noche sin estrellas.

Mi madre lanza migajas de pan a las aves, mientras las últimas gotas de lluvia se alejan en esta semana de junio. El calor se ha vuelto más intenso. Yo me dispongo a participar en el evento al que me han convocado. Sin embargo, al llegar al podio, no hay nadie en el público.

Una arañita
se detiene frente a mí.
Primer día de verano.

En la cocina, Antonia, la ama de llaves, observando fijamente el fogón encendido, me contaba sobre la vez que había presenciado la trágica muerte de sus padres. Era Viernes Santo. El fuego de aquella noche lo consumió todo. Con sus manos temblorosas, Antonia movía una y otra vez la cuchara de palo en la sartén, mientras la luminosidad de las llamas chocaba con las ollas de barro y la carne preparada soltaba sus jugos sanguinolentos. Ella era una niña cuando todo esto ocurrió.

Llega la noche...
El llanto de un gorrioncito
llamando a su mamá.



Yohanna Jorquera Reyes
(San Fernando, Chile - 1974)

Subí por un estrecho camino de polvo y piedras hasta las termas del hotel. El vapor del lugar se mezclaba con el olor denso del azufre. Entonces, me detuve frente a una construcción abandonada, inacabada. La piedra gris parecía tragarse la luz. Era un viejo sanatorio. Sentí una opresión en el pecho, leve y persistente, como si algo —o alguien— aún murmurara desde adentro. La memoria quieta flotaba en el aire frío.

Noche sin luna.
Sopla entre las ruinas
la voz de la montaña.

Caminé hasta la playa y me detuve donde el oleaje se disuelve en la arena. Una gaviota cruzaba el cielo teñido por el ocaso. Mis ojos la seguían, como si en su vuelo pudiera encontrar algo perdido. La marea suave y centelleante tocaba mis pies descalzos. Recordé entonces su risa interminable. El mar, testigo silente, guarda el eco de ese tiempo.

Crepúsculo.

Las huellas de mi niña

llenas de espuma.

Al atardecer, llego al pueblo de Pomaire. En las veredas agrietadas y rendidas al empuje de las raíces, los comerciantes me ofrecen folletos, aromas y gestos. Ingreso a una tienda y sobre el piso de tierra encuentro platos, vasijas, chanchitos, ollas que prometen abundancia... De pronto, descubro a un anciano inclinado sobre un torno. La greda rojiza fluye entre sus dedos. Aprieta, moldea. Entonces, surge la forma para ser entregada al fuego, donde calladamente todo se transforma.

Sobre el barro fresco,
las huellas del alfarero.
Atardecer de otoño.



Yoshio Castro Suarez
(Ayacucho, Perú - 1989)

Vuelvo a casa. Han pasado tantos años que el color de las paredes pareciera ser más opaco. Lo que era un piso de tierra está cubierto ahora de cemento. Ya no está el reloj de pared ni el árbol de manzanas en el patio; la cocina, mi habitación, el cuarto de mis padres hoy sólo son espacios de alquiler. Este lugar tan lleno de mis recuerdos, está ahora tan ausente de mí.

Blancas margaritas.

Solo eso queda de mi niñez
en este jardín.

Camino entre los árboles que un día ayudé a trasplantar. Aquella vez, le pregunté a mi padre: ¿por qué sembrábamos árboles que no dan frutos y tardan años en crecer? Él me sonrió con un brillo especial en su mirada y, sin decir nada, se puso a silbar una canción que a ambos nos gustaba, mientras afirmaba la tierra en las raíces. Yo no entendía por qué estaba tan contento. Solo me dediqué a ayudarlo alcanzándole la manguera y esparciendo agua sobre ásperos tallitos frágiles.

Mi padre ausente.
Abrazo el viejo pino
que sembramos.

Me ha llegado una encomienda desde Ayacucho. Contemplo la delicada caligrafía de mamá en la etiqueta de la caja. Esta vez ha enviado pancitos dulces, choclos y habas frescas. Mientras saboreo uno de ellos, la imagino en medio de las cañas de maíz escogiendo los maduros, caminando cuesta arriba con la manta de siempre atada a su espalda. Reviso un poco más el envío y encuentro un atadito de hierbas y miel.

Mate cedrón.

«Del jardín de mamá», pienso
y caliento mis manos.



RETAMA
ESCUELA DE HAIKU



ISBN: 978-612-03-1091-5



9 786120 310915